

Homilía de S. E. Rvdma. Mons. Andrés Carrascosa
Nuncio Apostólico en Portugal
con motivo de la Dedicación del Santuario Eucarístico
Balasar, domingo 11 de octubre de 2026

Excelentísimo y querido hermano en el Episcopado, Mons. José, le agradezco una vez más públicamente la invitación dirigida al Representante del Santo Padre para que estuviera presente en la Dedicación de este Santuario Eucarístico, que custodia las reliquias de la beata Alexandrina de Balasar, y en la Dedicación del Altar.

Excelentísimos y queridos hermanos en el Episcopado, que habéis venido a acompañar a la archidiócesis de Braga en este momento tan importante; queridos hermanos en el sacerdocio, en el diaconado y en la vida consagrada; excelentísimas autoridades, me alegra veros junto a vuestro pueblo; queridos hermanos y hermanas, todos, en el Señor:

Me alegra mucho estar hoy aquí, en Balasar, y compartir con vosotros esta celebración. El Papa es el Sucesor de Pedro y la misión que Jesús le ha confiado es confirmar en la fe a sus hermanos. En nombre del papa León XIV, quisiera que esta celebración fuera también una ocasión para confirmaros en la fe.

La celebración de la Dedicación de una iglesia y de un altar está llena de símbolos. Permitidme explicaros brevemente su significado.

Hemos empezado sin encender las luces, sin revestir el altar ni besarlo, como hacemos normalmente, y rociando a la asamblea con agua bendita. A veces corremos el riesgo de considerar el agua bendita casi como un amuleto. El agua bendita nos recuerda nuestro Bautismo.

Fuimos bautizados cuando todavía éramos niños y nuestros padres y padrinos profesaron la fe en nuestro nombre. Pero, al crecer, cada uno de nosotros debe hacer suya personalmente esa fe. El agua del Bautismo también nos recuerda que no nos pertenecemos a nosotros mismos: desde el Bautismo pertenecemos a Jesucristo, que nos ha hecho hijos de Dios.

¡Cuántas veces vamos por la vida como si fuéramos huérfanos! Y no hay peor huérfano que quien tiene un padre y no lo sabe. Tenemos un Dios que es nuestro Padre y nos ama infinitamente. El agua bendita me recuerda esto: soy hijo, no soy huérfano.

El agua bendita no es un fetiche ni una garantía de que «todo me vaya bien». Debe impulsarnos a vivir nuestro Bautismo, a vivir como hijos de Dios. Esta es la mayor riqueza que poseemos los cristianos.

Ahora asistiréis a una ceremonia poco habitual: el altar será ungido con el Santo Crisma. En la Misa crismal del Jueves Santo, el obispo consagra el Santo Crisma, que se utiliza en el Bautismo, la Confirmación, la Ordenación de presbíteros y obispos y la Dedicación de las iglesias.

«Crisma» y «Cristo» tienen la misma raíz: crisma significa unción; Cristo es el Ungido. También nosotros fuimos ungidos con el Santo Crisma en el Bautismo y la Confirmación; fuimos consagrados, pertenecemos a Cristo.

Ahora se utilizará el Santo Crisma para dedicar este altar, porque el altar es símbolo de Jesucristo. Por eso, al principio y al final de cada Misa, el sacerdote besa el altar.

Pero hablar del Crisma debe llevarnos de nuevo a nuestro Bautismo. Tú y yo hemos sido ungidos como Cristo; estamos llamados a vivir como Cristo. Un cristiano debe preguntarse: «Señor, ¿qué quieres que haga?» O, ante cada situación: «¿Qué haría Cristo si estuviera en mi lugar?» En casa, en el trabajo, con los vecinos, ante las dificultades: ¿cómo se comportaría Cristo si estuviera en mi lugar? Esto es lo que nos recuerda el Santo Crisma.

Después se pondrá incienso sobre el altar y se quemará. El incienso nos recuerda las palabras del Salmo: «Que mi oración suba hasta ti, Señor, como incienso en tu presencia». Que vivamos nuestra vida en relación con Dios, como un sacrificio de aroma agradable.

El cristiano está llamado a ser el *bonus odor Christi*, el buen aroma de Cristo. Que quien se acerque a nosotros encuentre este «buen aroma»; que todo el que se cruce en nuestro camino pueda encontrarse, de algún modo, con Jesucristo, porque vivimos como buenos discípulos suyos.

Las palabras cada vez cuentan menos. La gente está cansada de palabras y busca testimonios de vida. San Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*, recordaba que el mundo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros. También nosotros, que tenemos la responsabilidad de enseñar, debemos procurar que nuestra vida sea un testimonio. Primero la vida y después las palabras. Sin testimonio, las palabras pierden su fuerza. Nuestra vida debe ser el buen aroma de Cristo.

Y llegamos al último símbolo: la luz. Se encenderán las luces de la iglesia. Esto nos remite a las palabras del Señor: «Vosotros sois la luz del mundo». El mismo Jesús que afirma: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas», nos encomienda la misión de ser luz del mundo y sal de la tierra.

A veces, también en la Iglesia queremos ser protagonistas. Pero Nuestro Señor no nos ha llamado a deslumbrar; nos ha llamado a iluminar. Una sola luz, en la oscuridad, permite encontrar el camino. Recordemos la Vigilia Pascual: la iglesia está a oscuras; entra el Cirio Pascual y, poco a poco, su luz llega a toda la asamblea. Eso significa iluminar: ser un punto de referencia.

En una sociedad a menudo desorientada, los cristianos tenemos la responsabilidad de ser puntos de referencia. Esta es nuestra misión.

Estos cuatro símbolos –el agua, el Crisma, el incienso y la luz– nos conducen así a una comprensión más profunda de nuestra vida cristiana.

Estamos dedicando una iglesia y un altar. Esto nos recuerda que todos nosotros, los bautizados, somos piedras vivas con las que se construye el nuevo templo, que es el Cuerpo de Cristo. Jesús dijo: «Destruid este templo y en tres días lo reconstruiré», porque el verdadero templo es su Cuerpo, y nosotros somos miembros de ese Cuerpo. Por eso, también somos templo del Espíritu Santo.

Si fuéramos verdaderamente conscientes de que somos templo del Espíritu Santo, viviríamos de otra manera. Cada uno de nosotros ha sido constituido miembro del Cuerpo de Cristo. Entonces, ¿por qué dedicamos este templo material? Para que acoja el Cuerpo espiritual de Cristo que formamos todos nosotros.

Y, si somos piedras vivas, cada uno tiene su propia misión. Nadie debería vivir en una comunidad cristiana sin asumir alguna responsabilidad. Hay quien participa en un grupo de oración, en un movimiento, en una actividad pastoral, en el coro o en otra forma de servicio. Las posibilidades son miles. Cada uno ha recibido un don de Dios: ponlo al servicio de los demás. Sé una piedra viva que contribuya a edificar el Cuerpo de Cristo.

Estamos dedicando este Santuario Eucarístico, que ha surgido gracias a la memoria de la beata Alexandrina de Balasar. Para todos nosotros, ella es un ejemplo luminoso de cómo vivir la consagración del Bautismo, pertenecer a Cristo y confiarse plenamente al Padre celestial. Su vida fue el «buen aroma de Cristo» para quienes la conocieron, y sigue siéndolo hoy. También fue una luz que brilló en las tinieblas del mundo.

¿Qué mensaje nos deja hoy Alexandrina a cada uno de nosotros, cristianos del siglo XXI, más con su vida que con sus palabras?

Era una laica, miembro de una familia de este pequeño pueblo portugués. Su santidad maduró en las circunstancias ordinarias –y después extraordinariamente dolorosas– de su existencia. Nos enseña que la santidad no está reservada a quienes realizan grandes obras. Puede madurar en una casa, en una familia, en la enfermedad, en el trabajo y en la aparente insignificancia de la vida cotidiana.

El Sábado Santo de 1918, cuando tenía 14 años, Alexandrina estaba en casa con su hermana y otra joven cuando tres hombres irrumpieron violentamente. Para escapar de la agresión, se arrojó por una ventana y, poco a poco, quedó postrada en la cama de forma

permanente durante unos treinta años. Pidió a la Virgen que la curara, pues soñaba con convertirse en misionera, pero comprendió que Dios le confiaba otra forma de misión. Pasó de la resignación a la plena conformidad con la voluntad de Dios.

No buscó el sufrimiento por el sufrimiento. La fe cristiana no elimina necesariamente la fragilidad, la enfermedad o las situaciones irreversibles, pero puede darles un sentido nuevo. Alexandrina nos enseña a pasar de la pregunta «¿Por qué me ocurre esto?» a otra: «¿Cómo puedo amar en la situación en la que me encuentro?»

Su espiritualidad era profundamente eucarística. Comprendió que Jesús estaba en el Sagrario y que ella estaba postrada en la cama; por eso, se harían compañía mutuamente. De ahí nació su manera espiritual de visitar los Sagrarios del mundo y permanecer interiormente junto a Jesús Eucaristía.

La habitación de una mujer paralizada se convirtió así en un lugar misionero. Al no poder recorrer físicamente el mundo, lo recorría con la oración. ¡Qué mensaje tan potente para una cultura dominada por la eficiencia, la productividad y la visibilidad! Alexandrina nos recuerda que una vida aparentemente «inútil» a los ojos del mundo puede ser extraordinariamente fecunda.

Sacaba su fuerza de la Eucaristía, que durante los últimos trece años de su vida fue su único alimento. Cristo Eucarístico se convirtió en el centro de su existencia. La Eucaristía no era simplemente una devoción más: era presencia, alimento, compañía y configuración con Cristo.

Preguntemonos: «¿Es Cristo, presente en la Eucaristía, el centro de mi vida cristiana?»

San Juan Pablo II resumió la espiritualidad de Alexandrina en tres palabras: «sufrir, amar, reparar». Tuvo experiencias místicas relacionadas con la Pasión de Cristo. Pero la palabra decisiva es «amor». Reparar significa también responder al mal con el bien, al egoísmo con la entrega de uno mismo, a la indiferencia con el amor y a la violencia con la reconciliación.

El sufrimiento no es un bien en sí mismo; es el amor el que puede transformar lo que sufrimos. La esperanza cristiana no significa ausencia de sufrimiento, sino la certeza de que el sufrimiento no tiene la última palabra.

Alexandrina no se encerró en su propio sufrimiento. Se preocupaba por los pobres, por la vida espiritual de su parroquia y por quienes iban a visitarla.

Rezaba por los pecadores y se interesaba por la conversión y la santificación de las personas. En 1944 se hizo Cooperadora Salesiana, ofreciendo especialmente su oración y su sufrimiento por los jóvenes y por la misión salesiana.

Cuanto más limitada estaba físicamente, más universal se volvía su corazón. En este mundo que busca la eficiencia, Alexandrina nos enseña que una persona mayor, enferma o impedida para salir de casa puede seguir participando plenamente en la misión de la Iglesia.

Su espiritualidad era también profundamente mariana. El día de su beatificación, san Juan Pablo II volvió precisamente sobre esta devoción al Corazón Inmaculado de María, deseando que fuera una puerta de esperanza para la humanidad de nuestro tiempo. Sin embargo, en Alexandrina, María nunca ocupa el lugar de Cristo: la conduce a entregarse a Él aún más radicalmente y a entregarse a la salvación de sus hermanos.

Una de sus mayores preocupaciones era la conversión de los pecadores. Incluso quiso que en su tumba se colocara una exhortación a los pecadores para que se convirtieran. Para ella, valía la pena ofrecer la propia existencia por la salvación de los demás. El cristiano recibe el Evangelio también para que otros puedan descubrir el amor de Dios.

Pregúntate: ¿cuánto me importa de verdad la vida espiritual de los demás?

Quien visitaba a Alexandrina encontraba a una mujer sonriente, capaz de transmitir paz a pesar de su profundo sufrimiento interior y físico. Impresiona ver cómo convivían en ella un sufrimiento intenso y una extraordinaria capacidad de acogida.

Queridos hermanos y hermanas, la vida de Alexandrina nos hace algunas llamadas concretas:

Que la Eucaristía sea el centro de nuestra vida cristiana, como en este Santuario, donde Jesús Eucaristía ocupa el centro.

Que aceptemos nuestra fragilidad, sin considerar inútil nuestra vida.
Que transformemos el sufrimiento en amor, sin buscarlo ni considerarlo bueno en sí mismo.

Que sepamos ofrecer nuestra vida por los demás, superando una espiritualidad excesivamente individualista y redescubriendo la oración de intercesión y la responsabilidad por la salvación de nuestros hermanos.

Que vivamos la devoción a la Virgen como un camino que conduce a Cristo, confiando siempre en la posibilidad de la conversión y en la misericordia de Dios.

Que seamos misioneros unidos a Cristo, incluso cuando aparentemente no podamos hacer nada.

Todo esto nos ayudará a vivir en la esperanza, porque la última palabra sobre la existencia cristiana no la tienen el dolor ni la muerte, sino la Resurrección.

San Juan Pablo II dijo durante la beatificación que el secreto de Alexandrina no residía ante todo en los extraordinarios fenómenos místicos, sino en el amor. Y concluyó: «¡El amor a Cristo es el secreto de la santidad!» Esto también vale para nosotros: el amor a Cristo es el secreto de la santidad.

Que este Santuario Eucarístico de Balasar sea un espacio sagrado que ofrezca a los peregrinos silencio y contemplación en medio del estruendo del mundo. Que despierte en muchos la nostalgia de Dios y les ayude a encontrar a Cristo en la escucha de la Palabra, de la que la Virgen es modelo, y en la celebración de los Sacramentos, especialmente la Reconciliación, camino de conversión, y la Eucaristía, en la que recibimos al propio Cristo. Amén.

Mons. Andrés Carrascosa
Nuncio Apostólico